

EN EL ÁMBITO NORTEAMERICANO son frecuentes los libros pensados para ayudar a la gente a escribir su vida. Son libros, muchos de ellos escritos en forma de manual, que indudablemente reflejan una reflexión previa y una práctica pedagógica. Sobre ella reflexionó el profesor Jordi Lamarca en un artículo anterior («La autobiografía como documento histórico. Una experiencia docente», BUEB, núm.4, 1999). Desde el curso 2003-04, cuando el Departamento de Filología Española de la UB aprobó la posibilidad de impartir una nueva asignatura, «Prosa memorialística», vengo proponiendo a los estudiantes, como uno de los ejercicios de clase, la redacción de su autobiografía. Los resultados son magníficos y han dado pie a la propuesta de una nueva sección -Autobiografías UB- que recogerá los relatos personales de estudiantes universitarios. Publicamos las dos primeras historias. Tanto Iván Bono como Javier Orozco son estudiantes de Filología Hispánica; a los dos les gusta escribir y entienden la literatura como algo muy suyo. Los dos interpelan abiertamente a sus posibles lectores.

Iván Bono Vilar

Los acordes del asfalto

1

*Cuando pienso en los viejos amigos que, en el fondo
del mar de la memoria, me ofrecieron un día
la extraña sensación de no sentirme solo
y la complicidad de una franca sonrisa...*

Luis Alberto de Cuenca

NUNCA HE SIDO MUY PARTIDARIO de sepultar por completo a mis antiguos yoes, aunque deba confesar que algunos de ellos descansan -y no me importa saber si plácidamente- sin esperanza de vuelta. Es decir, a pesar de que en ocasiones los recuerde, porque es piadoso hacerlo, no me apetecería en absoluto asistir a una futura exhumación de mis yoes difuntos.

Además, por si acaso me sobrasen los motivos y fuera poseedor de la suficiente valentía -o de la suficiente estupidez- que me permitiera abrir el ataúd de alguno de esos yoes para comprobar si me reconozco en los espejos de sus rostros, ante todo tendría que recordar dónde los dejé enterrados, y eso ya es harina de otro costal. Bien pudieran estar pudriéndose en el jardín de mi antigua casa de las Tres Torres, en Barcelona, bien en el de Vilafranca, o simplemente errando como almas en pena por el limbo del olvido. A todos ellos, gracias por los servicios prestados: *requiescat in pace*.

Pero seamos francos con nosotros mismos, queridos amigos, y no caigamos en el socavón del autoengaño, puesto que nos es inevitable simpatizar con alguno de nuestros yoes pasados. Siempre suele existir aquel yo simpático y canalla que, por diversas razones, se hizo querer más que los otros. En otras palabras, sería cruel e inhumano desprendernos de él así, a la ligera y sin una carta de recomendación. En mi caso, a este segundo tipo de yoes, de quienes todavía queda algo vivo de ellos en mí, los guardo en el armario de la memoria, colgados de una percha como si fuesen trajes. Enfundados en una bolsa de plástico, que los salvaguarda de la avanzadilla del opaco sudario del olvido, es decir, todo tipo de polillas y ácaros, esperan pacientemente a que algún día me vuelva a embutir en sus pieles, algunas de las cuales se me revelan entumecidas y oxidadas, y que, cual híbrido entre el doctor Frankenstein y el viejo Geppetto, les empuje de nuevo a la luz de la vida.

Para esta nueva sesión de espiritismo autobiográfico, descolgaremos al Iván Bono que ofició de rócker en Barcelona a mediados de la década de los noventa. En aquel tiempo, recuerdo que llevaba patillas largas, a media mejilla. Vestía camiseta de color blanco ceñida y unos pantalones vaqueros, al más puro estilo James Dean. Me abrigaba con dos tipos de cazadoras: una de cuero negro y una *High School*, llamada universitaria, aquellas cazadoras de cuerpo de color, mangas blancas y una inicial en el pecho. Mi calzado variaba entre unas botas, de *cowboy* o de *motorista*, unos zapatos *woopies* y unas zapatillas deportivas de lona con punta de goma. Antes de salir a la calle, acostumbraba a exten-

derme uniformemente un poco de brillantina por el pelo, sin acabar jamás de rematar un tupé. Fumaba muy poco, sólo *Chesterfield* sin filtro, y guardaba los apuntes de la academia a la que asistía en una carpeta forrada de fotografías de *Elvis Presley*, *Gene Vincent* y una caricatura que hice de un gato rócker -no sé por qué se tiende a asociar a este animal con el *rock and roll*-, mascota de los *Stray Cats*.

Una vez vestido de mí mismo, me dispongo a realizar, a conciencia, un salto mortal que me permita zambullirme en las aguas blanquinegras, y no siempre sosegadas, del mar de la memoria. Se me requiere con urgencia en 1995. Cierro los ojos y me relajo. Me pesa la cabeza y los párpados. Voces sibilantes del ayer me arrastran memoria adentro, hundiéndome en mis recuerdos, al tiempo que susurran: «Recuerda, recuerda, recuerda, recuerda...».

2

Barcelona, septiembre de 1995. Abres los ojos. Estás en el primer piso de la Academia Uni-Tec, situada en la Rambla de Catalunya, entre Gran Via de les Corts Catalanes y Ronda Universitat. Son las siete menos cuarto de la tarde. Una canción, que parece proceder de la Plaça de Catalunya, colándose por la ventana entreabierta te susurra al oído: «Well it's the one for the money, two for the show, three to get ready, now! Go, cat, go!».

*En absoluto se trataba de un espejismo acústico que, sentado en tu pupitre individual, pudieras escuchar *Blue Suede Shoes* de *Carl Perkins*. Tampoco se debía a que desde el cielo, que hacía casi veintitán años que gravitaba sobre tu cabeza, hubieran decidido incluir una banda sonora para animar un poco tu rutinaria existencia de aquellos primeros compases de curso. Que una tarde cualquiera, en los umbrales de otoño, uno de los himnos del *rockabilly* inundara tus oídos con su trepidante cadencia, sólo podía deberse a que, en la Plaça de Catalunya, estuvieran tocando los *Blue Moon Boys*. Sin embargo, antes de empezar a presentar a los componentes de esa banda, y a fin de que el lector comprenda mejor quién fuiste en aquellos días y los pormenores de tu conversión al dogma pagano del *rock and roll*, quizá sería necesario que, montándote en una*

tabla de surf, cogieras la primera ola y te deslizaras en otro espectacular flashback, a lomos de este océano de recuerdos, unos meses atrás.

El frío invierno de 1995 entornaba sus puertas con lentitud, sin prisa alguna. Te costaba un esfuerzo excesivo tachar los días en las hojas de un mezquino calendario. El reloj apenas corre: son las doce de la mañana. Desde que tuviste los primeros síntomas de aquella ansiedad que se te manifestaría, posteriormente, en claustrofobia y agorafobia -siempre fuiste un hombre de extremos- necesitaste, a menudo, automedicarte con música, ya que te hacían muchísimo más efecto un par de buenas canciones que los ansiolíticos que te recetaba el psiquiatra. La mejor farmacia musical que conocías, aparte de las tiendas de discos de la calle Tallers, era el Videoclub Tres Torres de la calle Rafael Batlle, donde alquilaban discos compactos al módico precio de doscientas pesetas por veinticuatro horas. Acostumbrabas a dirigirte allí en busca de novedades, de todos modos no había demasiadas que te sedujeran, ya que en su inmensa mayoría eran productos estrictamente comerciales y tú, melómano, sólo escuchabas auténticas delicatessen musicales. La última que hallaste en condiciones fue una compilación de Elvis Presley que decidiste llevarte a casa para grabártela en una cinta de casete que, como muchas otras, tardarías pocos días en olvidar. Aunque tú no lo sabías todavía, aquella modesta grabación del «rey del rock» sería la primera piedra sobre la que, en los años venideros, edificarías un imperio humilde y casero del rock and roll.

No obstante, no sería hasta una mañana aburrida, como muchas otras de principios de verano, cuando sucedería un fenómeno que cambiaría diametralmente el rumbo de tu vida, al menos en los siguientes tres años. Estabas escuchando la radio cuando -desde esta distancia de nueve años no consigo ver en qué punto del dial se halla-, sin previo aviso, una canción golpea con fuerza tus sentidos dejándote al borde del knockout. Era ni más ni menos que una tremebunda versión de un tema de Elvis Presley, Suspicious Minds, que un cantante de country, Dwight Yoakam, había grabado para la banda sonora original de la película Honeymoon in Vegas. La asimilación por parte de tus sentidos de esta canción fue para ti como si, al son del poema sinfónico de Richard Strauss Así habló Zaratustra, San Elvis Presley, patrón del rock and roll, acompañado por una cohorte

de ángeles con alas de cuero, hubiera descendido de los cielos y, cuál Cristóbal Colón del rockabilly, con el dedo índice enhiesto te hubiera señalado el camino a seguir.

En un primer momento, liberaste de las cadenas del ostracismo aquella cinta que grabaste del compacto alquilado en el videoclub, pero cuando el casete, harto de reproducir una vez y otra temas como Hound Dog, Jailhouse Rock y Love Me Tender dio los primeros síntomas de agotamiento -debe de ser un trabajo mareante girar continuamente en una pletina-, comprendiste que tenías que escalar otro peldaño y buscar más material de tu nuevo ídolo. Así pues, iniciaste un peregrinaje que te llevaba cada tarde, después de una suave siesta mediterránea, a calzarte tus botas camperas de caña alta -ya se necesitaba valor e idiotez para ir con ese calzado en verano- y a dirigirte en tu ciclomotor hacia el centro de la ciudad, donde solías recorrerte sin descanso la calle Tallers, ávido de hallar un recopilatorio que se adaptase a tu inexistente presupuesto. Trapicheando por aquella zona encontraste en Discos Balada el anhelado compacto y, por aquel entonces, cayeron también en tus manos un par de libros acerca del rock de Memphis. El primero de ellos, firmado por un tal Gaspar Fraga -creo que lo compraste en Musical Emporium de La Rambla-, era una biografía cuya importancia residía en que el biógrafo despedazaba con premeditación, alevosía y sin el menor indicio de vergüenza al estupefacto biografado. Años más tarde, supiste que el señor Fraga era el enemigo público número uno de los rockers españoles. El segundo libro apareció en tu casa el domingo 30 de julio. Se trataba de una miscelánea en cuya primera página había la siguiente dedicatoria escrita por tu padre: «Para el rockero más especial de la Ciudad Condal». Hay que recordar que la noche anterior ambos habíais mantenido una fuerte discusión y este era el modo, todavía vigente en ocasiones, de expiar los remordimientos que pudiera tener tu progenitor.

Una de aquellas tardes de vagabundeo, a finales de julio, al acercarte a la Plaça de Catalunya, escuchaste música en directo. Para tu sorpresa viste que provenía de los instrumentos de cuatro tipos que, agrupados bajo el nombre de Blue Moon Boys, versionaban con extrema precisión y suma delicadeza temas de rock and roll y rockabilly de la década de los cincuenta. Parecía como si queriendo equilibrar tu total ignorancia rockera, el destino quisiera obsequiarte con

un brillante revival de una música y de una época que hasta hacía pocas semanas apenas sabías que había existido.

3

Los Blue Moon Boys eran Luis, Dani, Joan y Ramón; o lo que es lo mismo, voz y guitarra rítmica, guitarra solista, bajo y batería respectivamente. Lo curioso era que, para tratarse de una banda de rockabilly, tan sólo los dos primeros eran auténticos róckers, ya que el bajista compaginaba este grupo con otro de blues y el batería provenía de uno de heavy metal. Esta diversidad de estilos musicales, que tan bien parecían fusionarse en un principio para el beneficio del rock and roll, a la larga, les acabaría pasando factura.

El grupo tocaba en la Plaça de Catalunya, para ser más exactos en la esquina en la que se erige un surrealista monumento a Francesc Macià. Con todo, era frecuente batallar, eso sí, siempre dialécticamente, contra algún conjunto de música andina que también ansiaba aquel punto estratégico, si bien se la quedaba el que primero llegaba. Los conciertos de los Blue Moon Boys eran los martes, jueves, sábados y domingos. Interpretaban canciones de Carl Perkins, Buddy Holly, Chuck Berry, Gene Vincent, Jerry Lee Lewis, Eddie Cochran, Elvis Presley y Little Richard, entre otros. El patrón de los conciertos era el siguiente: una tanda de canciones rota por dos baladas situadas a la mitad y al final de la misma, instantes en los que el batería abandonaba su lugar para pasar el cepillo entre los asistentes, a la vez que intentaba vender una cinta -en aquellos tiempos no se estilaba que las maquetas se grabaran en disco compacto- con algunas de las canciones que allí, in situ, tocaba el grupo. Al acabar la sesión, está se repetía una vez y otra hasta las diez y media de la noche, salvo que llegase antes la Guardia Urbana y abortara el espectáculo al carecer la banda de los permisos pertinentes. Además, aquellas actuaciones callejeras eran un magnífico escaparate para venderse y así lograr bolos en fiestas mayores, como la de Sant Just Desvern y Sant Llorenç d'Hortons, por citar algunas. Si se escribiesen aquí las cifras que se alcanzaron en una buena tarde, entre donativos y venta de cintas de casete, el lector se sorprendería al comprobar que éstas se acercaban peligrosamente a los seis dígitos de las antiguas pesetas.

A fuerza de ir apareciendo por aquella esquina, empezaste a alternar con algunos miembros de la banda y con algunos acólitos que, fieles e impertérritos, a modo de club de fans sin orden ni concierto, no se perdían ninguna de las sesiones programadas. Por allí corría la novia del bajista; así como la del batería, una chica de Bielorrusia llamada Svetlana -en la vida habías visto tanta belleza y tanta curva concentrada en una sola chica- que trabajaba de au pair en Barcelona. Además, pululaban dos chicas vecinas del extrarradio de Sant Martí, Rebeca y Desi, y el novio de esta última, un rócker de La Verneda llamado Raúl. La ruindad, ayudada por el correr del tiempo, acabaría por tejer una red pegajosa en la que te verías atrapado junto a alguno de estos personajes, transformando de este modo una banda de rock and roll en el arquetipo perfecto de culebrón venezolano.

En principio, te relacionaste con Luis, el cantante. Hablabais de música y de poco más, ya que era un tipo que todo lo que tenía de alto, que no era poco, también lo tenía de taciturno. Sin embargo, pronto descubriste que el elemento vertebrador de los Blue Moon Boys y de su entorno era Dani. El guitarrista, a sus veinticinco años, suplía su falta de apostura, puesto que a priori no era tan guapo como el cantante, con sana desfachatez y simpatía. No sabías cómo se las apañaba, pero a pesar de que todas las chicas solían acercarse a Luis, el que acababa consiguiendo sus números de teléfono era Dani. Punteaba su Fender Stratocaster, guitarra que más bien pronto que tarde cambiaría por una Gibson Les Paul, mientras se paseaba, con una sonrisa de oreja a oreja, por el escenario de asfalto y adoquines, a veces imitando el famoso «paso del pato» de Chuck Berry, uno de sus ídolos, al tiempo que derrochaba dinamismo. No era ilógico pues que Rebeca estuviera enamoradísima de él, pero ignorabais que, pese a tener novio, Desi también lo estaba. Y es que Eros, aquel crío insolente, espoleado por el calor, flechaba a diestro y siniestro sin reparar en las fatales consecuencias que causaría con cada una de sus malditas saetas.

Dani y tú, a fuerza de ir hablando, fuisteis congeñando cada vez más hasta iniciar, como en su tiempo hicieron Rick y el capitán Renault en aquel oscuro aeropuerto de Casablanca, una hermosa amistad. El

guitarrista vivía con su madre, quien envidió cuando éste rayaba la mayoría de edad, en un pequeño piso de la calle Nostra Senyora dels Desamparats de L'Hospitalet. Tenía un hermano no mucho mayor, recién casado, con el que, en su adolescencia, formó su primer grupo de rockabilly: Los Faraones, nombre que habían tomado prestado de una banda de pandilleros que aparecía a mitad de la película American Graffiti. Algunas de las pocas tardes de agosto en las que no tenía ensayo ni concierto, te invitó a su casa a escuchar viejos discos de vinilo, entre los que descubriste a los Stray Cats, grupo neoyorquino de rockabilly liderado por Brian Setzer, a quien Dani consideraba como el mejor guitarrista del mundo. Una de esas tardes fue cuando, por sorpresa, te regaló aquel par de cazadoras: la universitaria azul eléctrico y la de cuero, que lucirías con orgullo durante el lustro siguiente. En cierto modo, Dani representaba para ti la figura del hermano mayor que siempre deseaste tener.

A mediados de agosto, no fue ninguna sorpresa para ti ni para nadie que Dani y Rebeca empezaran a salir juntos, mientras Desi, como un crótalo, se revolvió de celos. En tu caso, la felicidad te embriagaba por partida doble porque, además de un hermano, con el tiempo, quizá tendrías la oportunidad de ganar una hermana. Sin embargo, pronto comprenderías que con las dos sanguíneas ya estaba más que cubierto el cupo. Rebeca era chica de playa, y como Dani no era partidario de tostarse al sol, acababas siendo tú el que la acompañaba a la de la Mar Bella. Rebeca no era una belleza como Svetlana, pero el hecho de verla salir a lo Ursula Andress de las aguas del Mediterráneo, aunque su bikini fuese rojo y no blanco, y que te extendiera crema protectora por la espalda, poco a poco, sin darte apenas cuenta, empezó a hacer mella en ti. Tú no lo sabías entonces, pero la garde du corps es humana y también se enamora.

Como pregonaba el Dúo Dinámico, el final del verano llegó y los Blue Moon Boys recibieron una propuesta que no pudieron rechazar: realizar una pequeña gira por Las Palmas de Gran Canaria. A partir de aquel momento, y de forma más bien absurda, se precipitaron los acontecimientos. A su regreso de las Canarias, Dani y Rebeca se marcharon cuatro días de vacaciones a Lloret de Mar, y a su vuelta rompieron su relación. Desi creyó ver entonces allanado el camino y se insinuó a Dani, quien la desprecio sin vacilar. El

guitarrista no volvió a ser nunca más el mismo después de la ruptura. De la Plaça de Catalunya desaparecieron, de un plumazo, Rebeca y Desi, eternamente enfrentadas por Dani, y Raúl, el novio de Desi, que no se enteraba de nada o lo hacía ver. Tú no te enemistaste con nadie, aunque desconocías que tenías todos los números para acabar en primera línea de fuego.

Aquel septiembre volviste a estudiar después de tres años. Mientras hiciera buen tiempo y la luz lo permitiera, la banda seguiría tocando. Cuando salías de la Academia Uni-Tec o tenías hora libre entre clase y clase ibas a ver a tus amigos. Dani estaba destrozado por lo de Rebeca, a la que tú seguías viendo al uiros, creías, una bonita amistad. Ahora bien, siempre fuiste un discípulo aventajado de las doctrinas del amor platónico malentendido y sin prever ni medir las posteriores consecuencias de tu acción, no tardaste en «enamorarte» de Rebeca. Qué fácil es «querer» a tientas, en la más opaca ignorancia del verbo. No te importaba la reciprocidad, maldito ególatra, tan sólo que ella lo supiera por si existía la mínima posibilidad, por insignificante que esta fuese, de que acabase rendida a tus pies, pero de ningún modo a la inversa. Quizá sólo pretendías dar rienda suelta a tus párvulas y rutilantes ensoñaciones de inexperto Casanova. Urdiste un plan no muy inteligente, para no llamarlo, ya de entrada, chapucero. Cierta día, al acabar las clases, quedaste con Rebeca y os fuisteis a tomar una cerveza. Te preguntó qué tal iba todo y tú, estúpido, le explicaste que te gustaba una chica de la escuela. Seguiste con la ridícula cantinela diciéndole que le habías compuesto unos versos y que, por favor, los leyera para darte su opinión. El texto en cuestión estaba agrupado bajo el título de Oh, Girl! -curiosamente, Buddy Holly te copió cincuenta años antes al componer una canción y masculinizar tu título, cambiándolo por el de Oh, Boy!. Cuando Rebeca hubo terminado de leer el poema, le dijiste: «La chica en cuestión eres tú, Rebeca, y esta poesía la he escrito para ti». Como era de prever, después de una breve a la par que pueril confesión por tu parte, te dijo aquello de que no eras su tipo, que no quería romper una amistad y que lo mejor era seguir siendo exclusivamente buenos amigos, a saber, todo lo que ellas suelen decir, con tanta elegancia y sutileza, para rechazarte. «Sabías mujeres en eso de mentir», que cantaba Carlos Goñi, el alma de Revólver. A ti poco te importaba, ya que tus ansias platónicas estaban al fin saciadas. De hecho, tampoco hubiese existido

amor, tan sólo fracaso. Le regalaste la poesía y os despedisteis. No la volviste a ver más.

El domingo siguiente -mientras el frío se pudiera soportar los Blue Moon Boys seguirían tocando las mañanas del fin de semana- apareciste, como de costumbre, por la Plaça de Catalunya. Aquel día los peruanos habían llegado primero a vuestra esquina y el grupo tocaba a inicios de La Rambla, en concreto en un sitio de paso situado detrás de las escaleras de salida de los Ferrocarriles Catalanes y del Metro, al lado de la Cafetería Nuria y de la Sastrería Modelo, donde en ocasiones «actuaba», por llamarlo de algún modo y ser caritativos, Amparito de Granada, la folclórica freak, con sus castañuelas y su radiocasete. Cuando llegaste, te diste cuenta por la forma en que te miraban de que algo sucedía. Dani, sin mediar palabra, te mostró el poema que habías escrito a Rebeca. Intentaste, en vano, explicarle que no era lo que él estaba pensando, que tú sólo querías hacerla partícipe de un equivocado sentimiento, llamado, en este caso, «imbécil-culto-al-yo», pero no quiso atender a tus explicaciones. El bajista, Joan, te echó de allí de malos modos y sin contemplaciones. Aquel día lloraste en La Rambla. Gracias, Rebeca.

Empezó un destierro que duró varios meses en el que únicamente contaste con la amistad de Svetlana, con quien quedabas en la Diagonal, en una cafetería al lado del Hotel Princesa Sofia. Supiste por ella que Dani no estaba bien -seguía sin reponerse del enorme mazazo que supuso su relación relámpago con Rebeca-, y aunque lo telefoneaste en un par de ocasiones, no quiso saber nada de ti: para él sólo eras un «traidor». Desi y Raúl, juzgados, condenados y expatriados, te llamaban para quedar los domingos por la tarde en Cruce de Caminos, un bar musical ubicado en la calle Ciutat de Granada de Poblenou, entre Pujades y Lhull, donde pinchaban rock and roll y rockabilly. Era un local que estaba fuera de la órbita del tiempo, porque cruzar su umbral, con la clientela y el personal que parecían figurantes de películas como Grease o American Graffiti, se te antojaba como montar en la máquina del tiempo de H. G. Wells y viajar a los Estados Unidos de finales de la década de los cincuenta. Desi te explicó que Dani de vez en cuando iba por allí, por lo que comprendiste, mirando a Raúl con resignación, por qué Desi tenía tanto interés en aquel lugar.

Un domingo de marzo se abrieron de repente las puertas y, además del frío, entró Dani al Cruce de Caminos. Al verle avanzar en la penumbra, en dirección a vuestra mesa, te levantaste y aguardaste su llegada. Se palpaba en el ambiente que éste iba a ser el primer careo que tuvierais desde el «affaire Rebeca». Sólo faltaba que, a modo de atrezzo musical, el disc-jockey sustituyera por unos minutos a los Kentucky Boys por uno de los temas que en su día compusiera Ennio Morricone para los spaghetti-western de Sergio Leone. Cuando Dani salió nuevamente a la luz y vuestras miradas se cruzaron, el guitarrista te regaló una franca sonrisa. Os abrazasteis. Pudiste explicarle con calma, a la luz de una cerveza, todo lo sucedido y comprendió, finalmente, que no obraste de mala fe.

No obstante, el hecho que tú empezaras a salir con una chica de nombre de revista femenina, Dunia, cuya aportación a tu vida se redujo a un compacto de los Stray Cats y a una entrada para el concierto de Carl Perkins en Zeleste, al que también asistió Dani, hizo que no volvieras a verle en una temporada. Cuando regresaste a los conciertos de la banda, que había comenzado su segunda temporada, comprobaste que algunas cosas habían cambiado: tenían, para tu alivio, un nuevo bajista -Joan no fue nunca santo de tu devoción- y Dani no era el mismo. Se comportaba de un modo extraño, despótico, tratando a las chicas con desprecio y utilizándolas tan sólo para satisfacer sus instintos más primarios. En cierto modo, se estaba vengando de Rebeca y de su anterior novia, a la que él apodaba «la cerda». Estaba cansado de tocar, quería dejar la banda y, en ocasiones, tenía los ojos irritados, rojizos. No sabías qué le sucedía a tu amigo, pero un día, por aquellas casualidades que la vida tiene a mal obsequiamos, te encontraste con Desi y Raúl en la calle Tallers, quienes te sacaron de dudas. «¿Ah, no lo sabes? -te dijo Desi con la sonrisa sarcástica de la mujer desechada-, desde que lo dejó con Rebeca está "enganchado" a la cocaína». Te quedaste helado. No sabías qué hacer, cómo ayudarle. Además, Rebeca estaba saliendo con otro chico y Dani no dejaba de torturarse por todo lo acontecido en los últimos meses.

No hacía mucho tiempo que habías regresado de tus propios infiernos personales y pese a que no te importaba coger la lira eléctrica y descender de nuevo al averno con tu amigo, tu mayor temor, desde el preciso

instante en que aquella sórdida palabra irrumpió en escena, fue acabar ardiendo como un bonzo en las llamas del fuego eterno. En el fondo, sufrías tanto por el guitarrista como por ti mismo. El enemigo era desconocido, destructor y muy poderoso. Asimismo, ignorabas cómo combatir aquel terror sin rostro, aquel polvo blanco que, a modo de gangrena, amenazaba con adueñarse del cerebro de tu amigo. Dani acabó por confesarte su «pequeña adicción», de la que, sin embargo, no tenía la mínima intención de desprendirse.

Un día, caminando junto a él por la calle Tallers, te venció la ansiedad que acechaba a tu precario sistema nervioso. Hablaron por ti tus miedos y tus prejuicios y le dijiste que, si él no era capaz de enfrentarse a su adicción, tú no querías continuar siendo su amigo. Su respuesta fue rotunda, a la par que estúpida tu reacción. Allí mismo, unos metros más adelante, concretamente en la Plaça de Castella, le dijiste adiós y te desviaste por la calle Gravina para fundirte en la policromía primaveral de la calle Pelai. En un futuro tan sólo os veríais en un par de ocasiones, y siempre producto de la mera casualidad. Para terminar con tus recuerdos destruiste tu agenda telefónica, sacrificio que, con el favor de los dioses, creías que te abriría de par en par las puertas de una nueva vida.

4

*Que la vida iba en serio
uno lo empieza a comprender más tarde
-como todos los jóvenes, yo vine
a llevarme la vida por delante.*

Jaime Gil de Biedma

Los jueves, cuando salgo de la Facultad y el reloj no me insta a que regrese hasta el lunes siguiente, me dirijo a la calle Tallers en busca de compactos -ya sean novedades o remasterizaciones- susceptibles de pasar a formar parte de mi discografía y, por consiguiente, de mi propia historia. Siempre he sido consciente de que los recuerdos y los nombres propios del ayer, aunque sea con timidez, resucitan al son de las canciones que los hicieron imperecederos. La música, al formar parte

de nuestra historia más intrínseca, hace suyos también nuestros recuerdos, es decir, cada fotograma de la memoria, queramos o no, tiene asignado su fragmento proporcional de banda sonora. ¿No les ha sucedido en alguna ocasión no poder volver a escuchar una canción que les unía a alguien que se hundió, para no regresar jamás, en las ciénagas de la memoria? Sin el respaldo que me ha proporcionado la voz de Elvis Presley no podría haber escrito este texto autobiográfico, así que no les extrañe si soy de la opinión que la música es el bálsamo de Fierabrás de la memoria.

En estos largos paseos no puedo evitar acercarme a la Plaça de Castella, auténtico cementerio de recuerdos. Una vez allí, siempre veo, atascados en el tiempo, a los mismos fantasmas. A fin de que comprendan mejor qué les estoy pretendiendo decir, les seré sincero por última vez: ayer, al terminar de redactar el primer borrador, me sorprendí a mí mismo con una guía telefónica entre las manos, escarbando entre las páginas de L'Hospitalet de Llobregat en busca del apellido Valbuena. No fue difícil dar con él: Nostra Senyora dels Desamparats, 80-82. Apunté el número en un trozo de papel: 934 491... Descolgué el teléfono, comprobé que hubiera línea, y marqué los nueve dígitos esperando oír de nuevo una voz amiga. Varios tonos, espaciados y sumamente lentos, me anunciaron que a la línea telefónica le costaba un esfuerzo sobrehumano conectar Vilafranca y Hospitalet tras una década de silencio. Nadie me contestó al otro lado. Colgué el aparato y me pregunté qué sentido tenía regresar hoy en día al pasado. Tiré a la basura el papel en el que estaba escrito el número de Dani. No siempre podemos rehacer aquello que perdimos en el pasado. Además, yo no soy aquel y él, ahora, no sé quién es. Prefiero recordarlo tocando la guitarra en la Plaça Catalunya, a los pies del monumento a Francesc Macià, o en la Plaça de Castella, inmóvil, allí donde el tiempo -siempre tendrá veinticinco años- y mi recuerdo lo han hecho inmortal, eterno. «Always on my mind" que cantaba Elvis Presley.

Vilafranca del Penedès, 19 de julio de 2006